

Hacia una arquitectura hispanoamericana

Al igual que Ventura Rodríguez proclamó un día la necesidad de volver a Herrera «como el único que supo satisfacer la normas clásicas con espíritu genuinamente español», un arquitecto uruguayo, Lereña Acevedo, ha hecho un llamamiento efusivo a todos sus compañeros de profesión para crear, con un movimiento arquitectónico de carácter hispanoamericano, una unidad nacional en el espíritu y expresión del arte constructivo, en oposición al exotismo ecléctico que hoy le caracteriza. Así lo ha hecho saber el Encargado de Negocios del Uruguay en Madrid, en atentas comunicaciones, a la Sociedad Central de Arquitectos y al Ministerio de Estado, en las que se dice que para obtener tal unidad, nada más lógico que reintegrar esa arquitectura a la tradición hispanoamericana, y, por consiguiente, a sus fuentes de origen.

El tema, como se ve, no puede ser más interesante, sobre todo planteado por un profesional, porque revela que el afán de cosmopolitismo, invadiendo las esencias nacionalistas, ha llevado la incongruencia a la forma, desnaturalizando sus características fundamentales. Ya en 1920 leímos lamentaciones análogas de Alberto Zum, que saliendo al paso de esas influencias exóticas, decía: «La estética imitativa, y por ende, infantil, de este periodo, vive exclusivamente del figurín europeo. Hay figurines de arquitectura, como hay figurines de modas y figurines de literatura. Se confunde la cultura con el remedo, la ilustración con la repetición. Parecer Europa es la gran preocupación uruguaya en este tiempo.»

Y se expresaba así luego de un documentado estudio respecto a las tres fases netamente definidas de la arquitectura del país: la colonial, la criolla y la cosmopolita. La primera, caracterizada en el aspecto general por su semejanza con la casa andaluza, y en su interior, por sus reminiscencias mozárabes, congruentes con las condiciones geográficas, pues como afirma con razón Zum Felde, Montevideo puede ser Cádiz o Sevilla. Este estilo se mantuvo con escasa variación hasta mediados del siglo XIX, en que comenzó a iniciarse la arquitectura criolla, que no era autóctona y original, sino una transformación de la otra, reformada con nuevos elementos estéticos importados, que la daban, no obstante, un carácter particularísimo. Esta arquitectura criolla conservaba de la colonial la disposición: un piso bajo, zaguán amplio con habitaciones a ambos lados, patio descubierto rodeado de habitaciones, comedor cuadrando al patio, corredores, acceso a un patinillo de servicio y el esbelto mirador en medio de la casa. Pero la inmigración italiana impuso su influjo renacentista, convirtiendo los huecos, antes enrejados y pequeños, en altos y de arco; las floridas rejas fueron sustituidas con balcones de mármol, hechos de balaustres; las fachadas se decoraron con columnas jónicas y corintias, zócalos pulidos, frisos y cornisas elegantes. Las persianas trocáronse en celosías; a los zaguanes y patios se añadieron molduras y estucos; al patio se le agregó una galería cubierta alrededor, dejando en el centro un amplio *impluvium*, ocupado a veces por una fuente, o bien se le techaba con claraboya. El aljibe y el

emparrado pasaban al segundo patio, que era el desahogo de la familia. A los salones se les pusieron portadas vidrieras y los cancelos fueron sustituidos con puertas de cristales. En suma, el aire general de la vivienda era una combinación de la casa romana y la andaluza, con tipo en cierto modo propio.

El estilo que Zum llama cosmopolita, iniciado al comenzar el siglo, es el tipo de construcción corriente en todas las ciudades de Europa: la casa de tres a cinco plantas, generalmente provista de mansardas de pizarra en su altura y servida por ascensor. Junto a esta edificación «de renta», está la vivienda particular, reproducción exacta del hotelito europeo, al que rodea, si está emplazado en el ejido, un jardincillo de césped, sin árboles (adornado con banquitos de laqué y alguna ninfa de bazar), cosas propias de los climas septentrionales y no de un medio templado, de vientos limpios y cielo luminoso, sin nieves ni humedades asiduas, como es el de Uruguay.

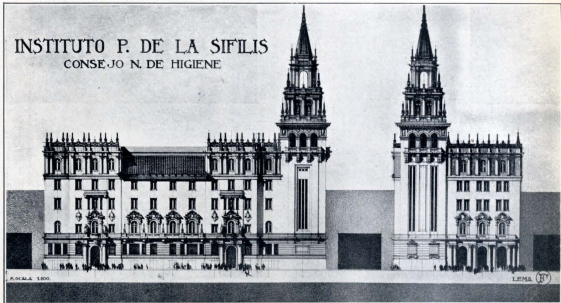
Se explica, por tanto, que el Sr. Lerena Acevedo, hijo de una ciudad toda cielo y toda mar, clame contra las mansardas y las fachadas grises, y que anhele para la estética arquitectónica de su país una perfecta armonía entre las formas y el ambiente. Como Zum, quiere, sin duda, amplias terrazas y azoteas, pórticos abiertos, fachadas vivas, jardines de fronda, color y claridad, en una palabra.

¿Plasmará este nobilísimo deseo en una orientación definida, que sepa poner en relación con el territorio esas formas importadas al ambiente natural, tomando de ellas lo adaptable y desdeñando lo que repugna a las esencias nacionalistas?

A pesar de nuestro escepticismo, no por eso dejamos de creer en la posibilidad de que una campaña de conjunción, bien organizada, obtenga halagüeños resultados. ¿Cómo? Educando al alumno de Arquitectura alejado de esas influencias extrañas, robusteciendo su cultura con un hondo sentido clásico, infundiéndole un espíritu severo de dignidad profesional. De este modo repugnarán a su formación artística las innovaciones extravagantes, amará el patrimonio nacional convirtiéndose en su más celoso defensor, y rechazará las pretensiones *snobistas* de sus clientes como algo atentatorio a su propia conciencia. El concepto de la profesionalidad no debe tener un carácter mecánico de oficio. El arquitecto, más que para satisfacer los caprichos de un cliente, ha de proyectar sus obras con subordinación a la fisonomía de la ciudad o el ambiente donde han de ser emplazadas. Ha de sobreponerse a las conveniencias económicas del momento para pensar en la posteridad. Pero esta independencia exige, de consuno, una solidaridad mutua, que sea garantía de respeto. El primer paso puede ser la Federación Hispano-Americana, que establezca entre los Municipios y Centros asesores una a modo de salvaguardia de la nacionalidad arquitectónica. Los arquitectos de aquellos países debieran organizar un Congreso profesional para celebrarlo en Sevilla en iguales fechas que la Exposición iberoamericana. Porque todo lo que no sea crear una disciplina arquitectónica, no como imposición autocrática, sino como convencimiento nacido de una identidad de pensamiento y de un sentimiento común, nada podrá contra la anarquía de gustos y modalidades que actualmente impera.

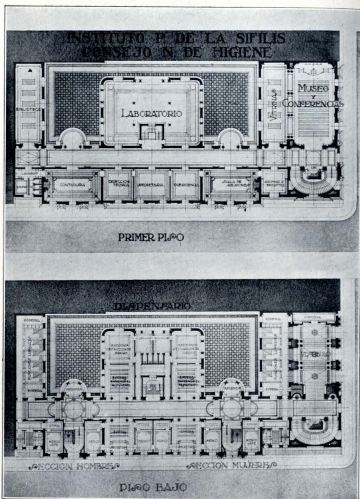
EDUARDO ANDICOBERRY.

INSTITUTO P. DE LA SIFILIS
CONSEJO N. DE HIGIENE



PRIMER PREMIO DEL CONCURSO CONVOCADO POR EL INSTITUTO PROFILÁCTICO Y CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE, DE MONTEVIDEO.
Arquitectos: Sres. Veltroni y Lerena Acevedo.





PRIMER PREMIO DEL CONCURSO CONVOCADO POR EL INSTITUTO PROFILÁCTICO Y CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE DE MONTEVIDEO.

Arquitectos: Sres. Veltroni y Lereña Acevedo.

